



Kōnāhuanui

Por Teresa Pérez Landa

Hawái. Siempre había querido ir. Exótico, lejano, casi perdido. Fue una de las cosas que acordé con mi terapeuta: cumplir alguno de mis deseos. Respiré hondo, me llené de una valentía que no era propia de mí y pulsé el botón de compra en la web. Todo lo demás fue un ir venir de tienda en tienda para llenar mi maleta de prendas que no me recordaran absolutamente nada de lo que dejaba atrás: bikinis

bonitos y sensuales (aún tenía un cuerpo decente que poder lucir), gafas de sol, sombreros, pareos, vestidos, zapatos... Me iba a gastar con mucho gusto el dinero de la pensión que mi ex me tendría que pasar, y sin más remordimientos. Tenía que rescatar la parte de mí que se quedó hundida en él sin poder salir a flote.

Al llegar inhalé aquel aroma salado, reconocible aun en la otra parte del mundo. Pensé entonces que la luna era la misma la mirases desde el punto del globo que la mirases. En la recepción del hotel me ofrecieron unas cuantas excursiones y actividades. Elegí una excursión por la montaña.

Kōnāhuanui era impresionante. Jamás había vista nada tan bello, emocionante e inmenso. Me puse a andar, alejándome del grupo. En realidad lo hice adrede, quería estar sola, perderme entre la humedad y el verde. Empecé el camino de una senda que parecía perderse en las entrañas de la montaña. Algo me llamaba. ¿Una locura?, puede, pero quería perseguir mis instintos, volverme salvaje, alejarme de las cadenas que apenas había empezado a romper. Después de una hora de camino una laguna se abría al horizonte. Una laguna que se adentraba en una cueva natural. Me descalcé y nadé. La sensación del roce del agua con mi piel era tan placentera... nadé tanto que perdí de vista la orilla; una espesa bruma empezó a salir de la nada hasta llenarlo todo. Y el horizonte de pronto se abrió ante mí. Una estatua de piedra de lo que parecía un caballero templario me daba la espalda; agachaba su cabeza ante otra estatua que bien podría haber sido el Coloso de Rodas por sus dimensiones, si bien no era una representación de Helios, sino que parecía alguna especie de monje ataviado con... ¿quizás ropa extraterrestre?, ¿de una civilización tan antigua que ya era irreconocible? El coloso podía verse tras una forma caprichosa de la cueva, las rocas habían tallado una abertura que simulaba un portal. Y más al fondo resquicios de la montañas Kōnāhuanui. Quería quedarme allí. Investigar cual arqueóloga amateur. Mientras me extasiaba con lo que tenía delante algo empezó a tirar de mis pies hacia abajo. Me hundía, traté de revolverme y luchar, de deshacerme de lo que me aprisionaba, pero era más fuerte que yo. Mi cabeza se sumergió por completo. Paz.

Silencio. Una luz blanca muy fuerte me cegó...

—¿Cómo sigue hoy Sofía?

—Hoy parece algo más inquieta doctora, le hemos puesto un calmante más fuerte.

—Bien, tiene que retomar lo antes posible sus sesiones con el psiquiatra. Habían hecho algún avance según me comentó ayer.

—Sí, iba mejorando, no entendemos muy bien el por qué de esta recaída.

—Mire, parece que nos oye. Sofía, Sofía, ¿me escuchas?

—Mmmm... buenos días doctora Cano.

—¿Con qué soñabas?

—No sé, me quedé dormida mirando la imagen de Hawái y después no sé...

—Bueno, tienes que ir retomando la actividad, ¿de acuerdo? — asentí con la cabeza y la doctora se marchó.

Otro día en Kōnāhuanui sin llegar hasta el final. ¿Descubriría alguna vez la verdad de aquella cueva? Si no me despertaran, si me dejaran un poco más... tal vez...

La parte de mí que existe sin él parece que no quiere aflorar del todo. La locura la sustituye y todo lo absorbe. Quizás algún día logre salir de aquí. Quizás...